

NOTAS

LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS EN EL QUIJOTE¹

JOSÉ G. MORENO DE ALBA
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

En el programa de nuestro encuentro, esta mesa aparece con el título de “El libro cervantino en las universidades de su tiempo”. En mi opinión, esta frase tiene al menos dos interpretaciones: o bien “El Quijote en las universidades del siglo XVII” (es decir, en las universidades de su tiempo) o bien “La presencia del Quijote (a lo largo de los últimos cuatro siglos), en las universidades de su tiempo” (que hoy persisten). Si de lo primero se tratare, habría que traer a cuento el texto con el que Cervantes dedica la segunda parte de su obra a su protector, el conde de Lemos. Refiriendo el malestar que le causa el que se haya publicado el Quijote apócrifo, escribe:

Porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe [la auténtica segunda parte de don Quijote] para quitar el hámago y la náusea que ha causado otro don Quijote que con nombre de *Segunda parte* se ha disfrazado y corrido por el orbe. Y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome o por mejor decir suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con esto me decía que fuese yo a ser el rector del tal colegio.

Nada impide creer que atrás de la simpática ironía de Cervantes pudiera estar aludiendo al hecho de que, en efecto, en algunas universidades españolas y no precisamente en ese colegio de la China, quizá se tenía ya la costumbre, hoy extendida en las principales universidades del mundo hispánico y tal vez del mundo entero, de enseñar la lengua castellana con el admirable texto

¹ Texto leído en el Congreso Internacional Cervantino que tuvo lugar en la Universidad de Alcalá de Henares del 24 al 27 de enero de 2006.

del Quijote. Explicar cómo se ejecuta y tiene lugar esta saludable costumbre de ofrecer cursos sobre el Quijote en las universidades modernas, sería asunto que convendría desarrollar si el título de esta mesa se debe interpretar como la presencia del Quijote en las universidades de nuestro tiempo.

Siendo sin duda ambos asuntos de enorme interés, estoy convencido de que deberían ser tratados por verdaderos conocedores no sólo del Quijote sino sobre todo de la historia de las universidades españolas y de la tradición que, al menos en las más afamadas, se fue estableciendo, en lo que respecta a la lectura y enseñanza en sus aulas, de la obra de Cervantes. Por tanto, no siendo yo de ese reducido grupo de expertos, para mi modesta intervención me atreví a valerme de un elemental artilugio sintáctico: conservé las palabras del título, pero modifiqué el orden. Si ustedes me lo permiten, no me referiré aquí y ahora precisamente “al libro cervantino en las universidades de su tiempo”, pero sí diré algo sobre las universidades de su tiempo en el libro cervantino.

Allá por el siglo XIII, por iniciativa regia, se establecen en los reinos de Castilla y León las primeras universidades de la península Ibérica: Palencia (hacia 1208), Salamanca (1218), Valladolid (hacia mediados de esa centuria), Lérida (por 1280). Entre 1475 y 1625 son muy numerosas las fundaciones. En 1475 había ocho universidades con grados reconocidos: a las ya mencionadas hay que agregar Barcelona, Lisboa, Gerona, Huesca y Perpiñán. Se convirtieron en 32 hacia 1625. De las fundadas entre 1475 y 1625 sobresalen: Alcalá, Santiago de Compostela, Sevilla, Valencia, Zaragoza. Durante el primer cuarto del siglo XVII, cuando se publican las dos partes del Quijote, las tres universidades mayores castellanas eran Salamanca, Valladolid y Alcalá.

Entre las múltiples universidades menores de aquella época, que venían a ser una especie de conventos-universidades o de colegios-universidades, estaba la de Osuna, hace mucho extinta. Algo habrá tenido Cervantes contra este pueblo de la provincia de Sevilla que tiene hoy menos de veinte mil habitantes, y no sólo contra su pequeña universidad, si se considera que, en el Quijote, en tono burlesco, se le menciona nada menos que siete veces, en dos episodios. Cuatro de ellas en el capítulo XXX de la primera parte, “que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto”. Ahí la doncella Dorotea narra su ficticia historia, en parte culminante de la cual nos dice: “apenas me hube desembarcado en Osuna cuando oí decir tantas hazañas tuyas [de don Quijote], que luego me dio el alma que era el mesmo que venía a buscar”. De inmediato interviene el aludido: “pues ¿cómo se desembarcó

vuestra merced en Osuna, señora mía —preguntó don Quijote— si no es puerto de mar?”. El cura la ayudó a salir del hoyo: “Debe de querer decir la señora princesa que después que desembarcó en Málaga la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fue en Osuna”. Es Osuna y no cualquier otro pueblo el que elige Cervantes para que la ignorancia de Dorotea lo convierta en puerto de mar.

No ya el pueblo sino la universidad de Osuna se menciona tres veces, en dos pasajes de la segunda parte. En el capítulo primero (“De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad”), el barbero narra su cuento del loco sevillano, que comienza así: “En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio. Era graduado en cánones por Osuna, pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco”. No es otra sino la universidad de Osuna la que viene a la mente de Cervantes para explicar la procedencia académica del loco del cuento. De lo dicho por el narrador se deduce que, en un extremo, el de la fama, estaba Salamanca; en el otro, objeto de sátira, estaba la universidad de Osuna.

El capítulo XLVII, también de la segunda parte, se dedica a continuar la explicación del gobierno de Sancho Panza en su ínsula, asunto que ya se había introducido en el capítulo XLIII. Sentado a la mesa, Sancho, comienza a ver con avidez múltiples platos a cual más exquisitos. A cada uno de ellos (perdices, conejos guisados, ternera asada y adobada, olla podrida) pone reparos un médico impertinente. Lo que le permite es sólo “un ciento de cañutillos de suplicaciones [‘barquillos de oblea en forma de tubos’, nos explica Francisco Rico] y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo”. A la pregunta de Sancho Panza, el médico responde: “Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna”. Verdaderamente colérico, le grita Sancho: “Pues señor doctor Pedro Recio de Mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está a la derecha mano como vamos de Caracuel a Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego delante”. Cervantes determinó que de la universidad de Osuna y no de otra cualquiera debía proceder este ridículo personaje de su novela.

Don Miguel de Cervantes nació en esta ciudad de Alcalá de Henares en 1547. En 1551 ya estaba, con su familia, en Valladolid. En el texto del Quijote no hay alusión alguna ni a Alcalá ni a su universidad, por entonces ya una de las más importantes de

España, erigida por bula pontificia en 1499 y por confirmación real de 1512. Hay empero una interesante alusión a esta casa de estudios en una de sus novelas ejemplares, *El coloquio de los perros*, en la que se reconoce la importante demanda que por entonces tenía, al menos para estudiar medicina. Dialogan Berganza y Cipión. Dice el primero: “Desa manera, no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados a un estudiante, pasando por Alcalá de Henares”. Pregunta Cipión: “¿Qué le oíste decir?”. Contesta Berganza: “Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oían Medicina”. No en el texto, pero sí en los preliminares del Quijote, aparece la Universidad de Alcalá. El licenciado Francisco Murcia de la Llana firma el “Testimonio de las erratas”, que a la letra dice: “Este libro no tiene cosa digna de notar que no corresponda a su original; en testimonio de lo haber correcto di esta fee. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá, en primero de diciembre de 1604 años”. Años antes, en 1585, la misma Universidad, por boca del licenciado Várez de Castro, había dado fe semejante en relación con *La Galatea*.

Desde siglos atrás, pero destacadamente a principios del xvii, cuando Cervantes publica el Quijote, la más afamada universidad de España era, sin duda alguna, la de Salamanca. Fundada hacia 1218 por el rey Alfonso IX de León, es considerada como la más antigua de las universidades hispanas existentes. El rey Alfonso X El Sabio, en 1254, estableció las normativas de organización y dotaciones financieras. En las bulas de Alejandro IV, de 1255, se reconoce la validez universal de los grados por ella otorgados y se le concede el privilegio de tener sello propio. Entre el siglo xv y el xvi se incorporaría a las nuevas corrientes humanistas, de las que el mejor ejemplo puede ser el magisterio de Antonio de Nebrija. En la segunda mitad del siglo xvi llega quizá a su punto de mayor esplendor, cuando confluyen notables estudiosos del Derecho, la Teología tomista, las nuevas lógicas y las lenguas clásicas. Esta refinada composición intelectual dio origen a la llamada “Escuela de Salamanca”, en la que destaca como máxima figura Francisco de Vitoria. También fray Luis de León enseñaba ahí por esos años.

Cuando Cervantes escribe y publica el Quijote, la Universidad de Salamanca se encuentra, tal vez, en su periodo de mayor esplendor. A ello obedece, sin duda, el que sea precisamente esa universidad la que con mayor frecuencia aparece en el libro. Quince veces al menos se registra la palabra *Salamanca* en el Quijote y casi todas ellas aluden no a la ciudad sino a la universidad de ese nombre. En la novela cervantina hay una verdadera y total identidad entre la ciudad de Salamanca y su universidad. Nunca se menciona,

para referirse a ella, como Universidad de Salamanca, sino simple y llanamente, Salamanca. Decir Salamanca era decir Universidad de Salamanca. Téngase en cuenta que, además de su gran fama y prestigio, a sus aulas asistían, hacia la segunda mitad del siglo XVI, unos 6 500 estudiantes. Los personajes cervantinos que se relacionan con Salamanca son, todos, respetables. Si el ridículo médico Pedro Recio estudió en Osuna, de Salamanca fue alumno aquel muerto de la historia que un cabrero contó a don Quijote y a los que con él estaban (capítulo XII de la primera parte):

Y don Quijote rogó a Pedro le dijese qué muerto era aquel y qué pastora aquella; a lo cual Pedro respondió que lo que sabía era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar con opinión de muy sabio y muy leído.

Si este personaje fue en vida, por sus estudios en Salamanca, muy sabio y muy leído, también un personaje secundario del capítulo XXXIX (“Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos”), señalado como el mejor y más discreto entre sus hermanos, se nos describe deseoso de ir a Salamanca: “El menor, y a lo que yo creo el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia o irse a acabar sus comenzados estudios a Salamanca”.

Quizá el mejor elogio de Cervantes a Salamanca sea el que ahí haya hecho estudiar a uno de los personajes más entrañables de su novela: el bachiller Sansón Carrasco. En el capítulo II de la segunda parte, Sancho nos informa que “llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller”. Carrasco varias veces se ufanará de sus estudios. Cuando, en el capítulo VII (“De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos”), en el largo diálogo que sostiene Carrasco con el ama, llega a decirle, para convencerla de su estrategia, que, según él, hará volver a casa a don Quijote: “Yo sé lo que digo, señora ama —dice Carrasco—: váyase y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillar”. *Bachillar*, según Francisco Rico, está aquí empleado para expresar que se es ‘muy bachiller’, “por serlo de la más importante de las universidades mayores”. En el capítulo XXXIII de la segunda parte, hace Sancho Panza una defensa de sí mismo, quejándose de que se le trata “como si Sancho fuese algún quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, según dijo Sansón Carrasco, que, por lo menos, es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir”.

Digo que Sansón Carrasco, bachiller por Salamanca, es uno de los personajes cervantinos más admirables y más estimables por el lector porque, a lo largo de la obra, se nos muestra, por una parte, como discreto y atinado consejero de don Quijote, como el gran defensor de la novela o, si se quiere, del mismo Cervantes, como autor de la primera parte de la novela ante los apócrifos y los críticos irrespetuosos; pero, sobre todo, como su verdadero amigo. En el ya citado delicioso capítulo VII de la segunda parte, cuando Sancho ve con tristeza que su amo parece decidido a salir sin él por tercera vez, entra el “socarrón” bachiller y le dice a don Quijote:

—¡Oh flor de la andante caballería! ¡Oh luz resplandeciente de las armas! ¡Oh honor y espejo de la nación española! Plega a Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona o personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal deseare [...] Ea, señor don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuestra merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda, y si fuere necesidad servir a tu magnificencia de escudero, lo tendré a felicísima ventura.

En la emocionada respuesta de don Quijote, un poco burlona también ciertamente, vuelve a aparecer el cariñoso elogio a Salamanca:

—¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece a serlo, sino el inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de el hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante.

En opinión de los biógrafos de Cervantes, es casi seguro que no tuvo oportunidad en su vida de asistir a la universidad. Sin embargo, al leer en el Quijote los elogios, casi siempre indirectos y por ello más elegantes, a las buenas universidades y las burlas, más simpáticas que sangrientas, a las mediocres, nos queda la impresión de que, por una parte, Cervantes era un respetuoso admirador de la vida universitaria y, por otra, de que sin duda le habría sido muy placentero haber asistido a las aulas de alguna buena casa de estudios, como Salamanca o Alcalá, por ejemplo; o incluso, si sus deseos de trasladarse a América se hubieran cumplido, como la

Real y Pontificia Universidad de México, ilustre antecesora de la UNAM, alma mater que junto con esta joven y pujante Universidad de Alcalá, está ahora ocupada en rendir alto homenaje al más insigne complutense, don Miguel de Cervantes.